

## El Problema Hispano Americano

En realidad de verdad, este artículo debía titularse «UN PROBLEMA NACIONAL». Los lectores, si lo repasan y meditan acerca de las causas que me animan a escribirlo para corresponder a una atenta y amable invitación, que agradezco sinceramente, se darán perfecta cuenta del interés supremo que tiene para España, cuanto se roza con las relaciones Hispano-Americanas.

Infinidad de veces, y en ocasiones memorables, se ha llevado a la prensa periódica y se ha discutido en los Centros Culturales, la trascendencia de este problema que, por igual, interesa a las naciones de habla española, por que abarca muy complejos asuntos y debe abarcar y abarca, seguramente amplísimos horizontes. Pero triste es confesarlo; muy pocas veces ha sido enfocado de manera clara y positiva, de forma que, desvaneciendo las tinieblas que ofrescan a muchas inteligencias, se adentre en estas y se desarrolle, por tanto, con impulsos de práctica realidad, hasta conseguir una unión entre los pueblos hispano-americanos y España que, sin menoscabo ni olvido en las tradiciones y sin desprenderse de ideologías que tuvieron la época de la necesidad de cultivarlas, nos lleve a alcanzar por el esfuerzo de todos el logro de nuestras aspiraciones actuales.

Sin duda alguna, la idiosincracia de la Raza hispana se ha ocupado más de sostener lo visionario, que se propugna, por lo práctico; y en ese bagaje de idealismos que constituye el lastre de su vitalidad y de sus recuerdos, apenas si que-

da espacio para más prosaicas empresas; y lo que es más lamentable, se ha diputado que el trabajo, que la laboriosidad que se funda en anhelos de noble ambición y en propósitos de mejoramiento de las fuentes de riqueza, es un tilde que empaña la legendaria historia del descubrimiento de la América y un borrón que por ningún concepto debe empeñar los rasgos caballerescos de la obra más hermosa que registra la historia de la humanidad.

Por esas razones, cuya eficacia apenas si puede traspasar los límites de una inteligencia pobremente cultivada, son pocos, poquísimos, los que se han preocupado de la realidad de este problema; poquísimos los que han aconsejado la conveniencia en concertar con los pueblos americanos tratados que redunden en beneficio del Comercio hispano-americano, de la necesidad de abrir nuevos horizontes al intercambio de productos y al máximo de ventajas que se derivan de ofrecer medios de intensificar los viajes entre España y América, por medio de buques con capacidad adecuada, de rápido andar y de comodidades que eviten una competencia a todas luces peligrosa y perjudicial que sería realmente imposible en estos momentos.

Pero es necesario antes de nada educar al pueblo español, llevar a él al convencimiento de que deben afrontarse todos los sacrificios para ponernos en posición de abrir ancho camino a la iniciativa oficial y particular, acuciándola para que se lance a la conquista de un intercambio de productos que ha de producir cuantiosas e inmediatas ganancias.

Todo lo contrario sería infructífero. Si con un espíritu de incomprensible mezquindad se regatean elementos que son tan necesarios como urgentes, el final de nuestra preponderación en América será dejar libre el paso a esas Compañías extranjeras de navegación, que por nuestra legendaria apatía monopolizan en nuestros propios puertos, con sus suntuosos buques, casi todo el tráfico de pasaje entre España y las Repúblicas Americanas.

No sería, sin embargo, necesario por ahora y para restablecer y nivelar la vida marítima comercial española, la

construcción de buques monstruos que no están al alcance de las posibilidades del Erario público, pero es indispensable reconstruir la flota mercante nacional con buques de pasaje en condiciones que le permita, por el tonelaje de sus unidades, por su marcha y por sus alojamientos, soportar con algunas ventajas esa competencia que merma el prestigio español en América y quebranta la economía nacional.

Y en este punto, bien será que rememoremos el valor de aquellos idealismo sentimentales de raza y hacer un llamamiento a los pueblos Americanos para que persistan en su loable empeño de engrandecer a la Madre Patria.

Recordemos con emoción lo que aportaron a la obra fantástica de la «Exposición Ibero-Americana» celebrada en Sevilla, aquilatemos el valor de sus entusiasmos y sus anhelos y empeños de entonces y deduzcamos de todo ello que en esos pueblos perdura y perdurará siempre la influencia civilizadora que le inculcó la Nación descubridora y colonizadora y que la sangre hispana todavía fecundiza con sus nobles e hidalgas hazañas el solar americano.

Elocuente prueba de cuanto decimos nos la ofrece en un sentido y hermoso escrito la Junta Nacional de Turismo de Costa-Rica, con ocasión de reanudarse el servicio de la Compañía Trasatlántica Española entre aquella República y la Madre Patria. Al transcribirlo aquí, ponemos el más adecuado remate a un alegato que solo se inspira en móviles de nobles anhelos.

Dice así «Nuestro puerto en el Atlántico estará de gala desde que aparezca de nuevo en el horizonte la hermosa nave que viene a reanudar el tráfico directo con España. Ya iban a cumplirse veinte años desde que este fué interrumpido y si el comercio y la colonia tan identificada con nosotros deploraban esa ausencia por los intereses materiales los costarrienses sentíamos también, que a nuestro culto espíritu y a nuestra propaganda, que tiene sólidos cimientos en la raza y en la lengua, esas dos columnas de blasón hispanico que le faltaba, ese lazo en mala hora desatado. Y cuando el «Marqués de Comillas» atraque al muelle frente a la Isla que cautivó a Colón, a pesar de estar familiarizado con

la maravillosa naturaleza de sus Indias de Occidente, juzgaremos que se han cumplido los votos de tantos hombres de buena voluntad, que hemos colaborado para enlazar de nuevo los pabellones tricolores de nuestros respectivos países y que son estos los tiempos nuevos en que acertadas las distancias y desaparecida la mala inteligencia de antaño, se plasmará en realidades el mutuo entendimiento de nuestras patrias americanas con su vieja casa solariega de Europa, intensificando los vínculos de afecto que las unen al trocar con más facilidades el oro de sus productos y las chispas de su pensamiento.

JULIO MORO MORGADO

«Filippo»

Cádiz, 30-11-1932.

